LA *TRADUCCIÓN FIEL* EN LA REFLEXIÓN RENACENTISTA: EL CASO DE DIEGO GRACIÁN

ALICIA MORALES ORTIZ

Universidad de Murcia

En 1959 publicaba la hispanista M. Morreale un breve trabajo sobre los traductores medievales en España[1] y en él constataba la carencia de estudios de conjunto sobre la historia de la traducción en nuestro país y pedía, para paliar tal laguna, el mismo esfuerzo de investigación aplicado, por ejemplo, a la Escuela Alfonsí también para otros periodos. Esta labor había de ser realizada simultáneamente en dos ámbitos: por un lado, mediante un análisis pormenorizado de cada una de las traducciones que incluyera el cotejo minucioso con los originales, es decir, el estudio de la práctica traductora y, por otro, a través de la recopilación de todas aquellas declaraciones de los distintos intérpretes sobre su actividad, para deducir de ellas la "teoría" de la traducción que sustenta esta práctica en cada periodo.

Desde entonces han sido muchas las aportaciones en uno y otro aspecto que están contribuyendo a esbozar con perfiles más claros la historia de la traducción en nuestro país. Dentro de ella, uno de los capítulos que ofrece gran interés al investigador es el estudio de la actividad desplegada por los intérpretes del siglo XV y, sobre todo, del siglo XVI, embarcados en el movimiento divulgador de la literatura greco-romana que trajo consigo el Humanismo.

No es preciso insistir aquí en el papel fundamental que jugaron las traducciones al castellano de las obras clásicas, en concreto de las griegas, en la difusión de temas y motivos de la literatura antigua en nuestra literatura original. Ni, por otra parte, podemos entrar ahora en el interesante tema de hasta qué punto la reflexión sobre la traducción debió situarse en el centro del debate sobre "el problema de la lengua" en el siglo XVI, en un momento en que el castellano culmina su conformación como lengua de cultura y reivindica su capacidad como lengua literaria frente al griego y al latín, como hicieron el resto de las lenguas vernáculas.

En este contexto pretendemos aproximarnos ahora a las ideas sobre la traducción de Diego Gracián de Alderete, prolífico intérprete de obras griegas al castellano, que perteneció al reducido grupo de humanistas hispanos del siglo XVI helenistas y traductores de la literatura griega, entre los que hay que citar los nombres de Francisco de Vergara, Juan Ginés de Sepúlveda, Diego Hurtado de Mendoza, Andrés Laguna, Juan Páez de Castro, Pedro Juan Núñez, Gonzálo Pérez, etc.[2]

Diego Gracián (1494-1584) estudió en París y en Lovaina, lugar en el que fue discípulo de Luis Vives y, a su vuelta a España en 1527, desempeñó el cargo de secretario

[1] "Apuntes para la historia de la traducción en la Edad Media", *Revista de Literatura* (1959), 15, pp. 3-10.

[2] Un panorama general sobre el helenismo en la España del siglo XVI y sobre la labor de estos intérpretes puede encontrarse en J. López Rueda: *Helenistas españoles del siglo XVI*, Madrid, 1973.

Lengua y Cultura. MORALES ORTIZ, Alicia. La traducción fiel en la reflexión rena...
Centro Virtual Cervantes

de diversos nobles para acabar entrando al servicio de la casa real como secretario políglota, primero de Carlos V y después de Felipe II. Involucrado en altos asuntos de la corte mantuvo contacto asiduo con alguna de las figuras más sobresalientes de la intelectualidad de la época y formó parte del entusiasta grupo de humanistas españoles seguidores de Erasmo de Rotterdam.[3]

Gracián, imbuido profundamente por el espíritu humanista y el amor a las letras, había aprendido griego durante sus años de formación y dedicó el ocio que su trabajo como traductor de palacio le dejaba a traducir al castellano a diversos autores de la Antigüedad griega: Jenofonte, Tucídides, Plutarco, Isócrates, Dión o Agapeto. Tal y como era habitual entre los intérpretes del momento, Gracián suele incluir en los prefacios de estas versiones sus ideas sobre la traducción, que son resultado de su experiencia práctica. Estas reflexiones, en la medida en que están presentes en ellas *topica* fundamentales de la teorización renacentista sobre el tema, pero también por lo que tienen de aportación original, resultan de gran interés y nos parece que han de ser tenidas en cuenta para una historia de la traducción en la época.[4]

Como era usual, Gracián se acoge al mecenazgo de los distintos señores a los que dedica sus obras y a cuyo favor las encomienda. Su provecho y, sobre todo, la utilidad de la república son el objetivo prioritario de su trabajo. En todos los prólogos repite con insistencia su convicción de que la traducción, en tanto que hace accesibles las obras de la literatura antigua, es un bien social. Leemos similares declaraciones en otros traductores, que —con cierto "orgullo de gremio" y conciencia de su pertenencia a una minoría docta— entonan la alabanza de su oficio, pero también lo justifican ante las posibles sospechas de heterodoxia que una excesiva dedicación a las letras podía levantar.[5] Gracián además emplea el argumento de la utilidad pública para defenderse de cierto tradicional desprecio contra la traducción, minusvalorada frente a la creación original, según lo expresa en el prólogo a *Moralia*:

---

[3] De su figura y su biografía se han ocupado sobre todo A. Paz y Meliá: "Otro erasmista español: Diego Gracián de Alderete", *RABM* (1901), 5, pp. 27-36, 125-139, 608-625; M. Bataillon: *Erasmo y España,* trad. A. Alatorre, México, 1986 (*Erasme et l'Espagne*, París, 1937); L. Riber: "Diego Gracián, su familia y Santa Teresa", *BRAE* (1954), pp. 225-255 y E. Ezquerro: *Diego Gracián de Alderete*, Toulosse, 1966 (Tesis Doctoral).

[4] Sobre las distintas traducciones de Gracián cf., además de las obras de Bataillon, Ezquerro y J. López Rueda citadas y la *Biblioteca de traductores españoles* de M. Menéndez Pelayo, sobre su Jenofonte, la opinión de F. Rodríguez Adrados en la introducción de Tucídides: *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, 1967, pp. 72-73; sobre Agapeto, A. Bravo García: "Dos traducciones de Agapeto impresas en el siglo XVI", *Revista de Filología Románica* (1984), 2, pp. 225-232; sobre Dión, G. Morocho Gayo: "Diego Gracián y sus versiones de los clásicos griegos", en J. C. Santoyo y otros (eds.): *Fidus Interpres*, II, León, 1987, pp. 353-363 y del mismo autor, "Traducciones de Dión de Prusa", ib., pp. 154-163; sobre Plutarco J. Lasso de la Vega: "Traducciones españolas de las *Vidas* de Plutarco", *Eclás,* (1962), 35, pp. 451-514, J. García López: "Diego Gracián de Alderete, traductor de los *Moralia* de Plutarco", *Los humanistas españoles y el humanismo europeo*, Murcia, 1990, J. Bergua Cavero: *Estudios sobre la tradición de Plutarco en España (siglos XIII-XVII)*, pp.136-195, A. Morales Ortiz: "La traducción de *Moralia* de Diego Gracián", J. A. Fernández Delgado-F. Pordomingo Pardo (eds.): *Estudios sobre Plutarco: aspectos formales,* Madrid, 1996 y, de la misma autora, *La traducción de Moralia de Plutarco en el siglo XVI en España*, Murcia, 1997 (Tesis Doctoral), pp. 371-714.

[5] Sobre las circunstancias sociales e ideológicas en que hubieron de desenvolverse los humanistas, cf. L. Gil, *Panorama social del Humanismo español*, Madrid, 1997[2]. No faltan en las cartas latinas de Gracián los lamentos por la difícil situación en que ha de vivir el hombre de letras en España.

Lengua y Cultura. MORALES ORTIZ, Alicia. La traducción fiel en la reflexión rena...
Centro Virtual Cervantes

> Y puesto que algunos tienen que se gana poca honrra en traducir en lengua vulgar y que es mucho mayor componer algo de nuevo, yo digo que tenian razon quando aquellos que componen fuesse tal y tan bueno como lo que escriven los autores que bien compusieron.

El debate se ha de establecer, pues, en su opinión, no en torno al par composición/traducción, sino en relación con el contenido provechoso y edificante de la obra que crear o que traducir. Nuestro intérprete se revela en estos textos profundamente comprometido en el movimiento didáctico y moralizante que mantuvo un sector de los humanistas, a cuya cabeza podríamos situar a Luis Vives y al propio Erasmo, movimiento que en ocasiones tomó la forma de ataque a la literatura de evasión representada en las novelas de caballería.[6]

Desde estos supuestos, Gracián desea para España una situación semejante a la que un siglo antes se produjo en Italia, sobre todo en la corte de Nicolás V, que ha sido calificada como una gran *Übersetzungsanstalt,*[7] en la que una generación de hombres "doctos" como fueron Leonardo Bruni, Guarino de Verona, Pier Candido Decembrio, Filelfo, etc., redescubrieron a los clásicos griegos por medio de las traducciones, fundamentalmente, al latín. Así lo expresa con claridad en el prólogo a Jenofonte:

> Pero mas presto se acabarian [las novelas de caballería] si como sabemos que se hizo en tiempos del papa Nicolao Quinto en Italia, se hiziesse assi agora en España. Los varones doctos de aquel tiempo se repartieron entre si los libros griegos, que avia buenos para los traduzir en latin o en vulgar italiano, tomando cada qual el suyo: y aun agora tambien lo hazen. Assi devrian hazer agora os doctos en España: donde por la bondad de dios florece el culto divino y la religion christiana sin macula de secta mala, y las armas mas que en otro ningun reyno, y las letras mucho mas que en tiempos passados.

Una vez presentados brevemente los parámetros ideológicos en los que se sitúa la actividad traductora de Gracián, nos interesa ahora centrarnos en el análisis de las declaraciones de nuestro intérprete sobre cuál ha sido el procedimiento de traducción que ha empleado, para deducir de ellas su propuesta metodológica sobre la mejor manera de traducir.

Ya en su primera traducción, la de los *Apotegmas* de Plutarco, Gracián declara que se ha esforzado por ser "fiel interprete", situándose con esta afirmación en la reflexión tradicional, que tiene, como es bien sabido, en el *fidus interpres* horaciano pasado por el tamiz de Jerónimo, uno de sus tópicos fundamentales. De forma semejante se expresa en el resto de sus versiones: en la de Tucídides recuerda que quiso traducir "lo mejor y mas verdaderamente" que ha podido; en la de Jenofonte reitera su intención de ser

---

[6] En efecto, siguiendo al maestro valenciano, Gracián emprende en casi todos sus prefacios un demoledor ataque contra tales obras, a las que considera "libros de mentiras y patrañas fingidas", condenables puesto que de ellas no se extrae ninguna lección provechosa para la vida y, además, producen el efecto de "estragar el gusto" y desviar la lectura de los autores "buenos". Ante esta situación, como estamos viendo, hace girar su actividad como traductor en torno a la lucha contra la literatura "moralmente" mala, según describe plásticamente en el prefacio a *Moralia* al compararse con aquel soldado lacedemonio cojo que acudía a la guerra. Preguntado por su objetivo al participar en la lucha, responde: "Ya que no haga otra cosa, embotare la espada del enemigo que me matare". De igual forma el traductor, si no consigue otra cosa, al menos embotará con la lectura de obras útiles "el gusto del entendimiento para leer libros de mentiras y patrañas". La anécdota está tomada de Plutarco que la cuenta con variantes en dos lugares de sus *Apotegmas* (234E y 235F).

[7] Cf. G. Voigt: *Die Wiederbelebung des Klassischen Altertums*, Berlín, 1893, p.156.

Lengua y Cultura. MORALES ORTIZ, Alicia. La traducción fiel en la reflexión rena...
Centro Virtual Cervantes

"fiel y verdadero interprete" y en el prefacio a *Moralia* indica que ha pretendido que su traducción fuera "verdadera". "Fidelidad" y "verdad" son, pues, sus objetivos básicos.

Ahora bien, la cuestión es qué entiende nuestro intérprete por una traducción "verdadera y fiel". La respuesta la encontramos en sus traducciones de Plutarco, desarrollada luego con mayor amplitud en las versiones de Jenofonte y Tucídides. Así dice en el prefacio a los *Apotegmas*:

> assi que lo mas trabajo por ser fiel interprete: porque apartandome de la letra, no dexasse confusa la sentencia.

Similar declaración leemos en el prólogo a *Moralia*:

> He traduzido estos Morales del original griego, siguiendo en todo sin me desviar de la letra del, correspondiendo prosa a prosa... no me apartando punto del sentido literal griego.

Con ese "traducir sin desviarse de la letra" se perciben claramente ecos de la polémica tradicional sobre la traducción, articulada, desde la interpretación de Jerónimo de las célebres palabras de Cicerón del *De optimo genere oratorum*, en la dicotomía traducción *ad sensum/ad verbum*, que vuelve al primer plano en el Renacimiento entre los italianos del Cuatrocientos. El modelo que Gracián defiende es el de una traducción que reproduzca lo más fielmente que pueda el original griego, que aspire a recoger el "sentido literal" de éste, entendiendo que el intérprete fiel es aquél que sigue la letra del texto. Con esta opción se aleja de la postura predominante en su época, la de aquellos para los que "ser fiel" significa "traducir según el sentido", cuyo ejemplo más conocido es la afirmación de Garcilaso de que Boscán fue "muy fiel tradutor" porque, al trasladar *El Cortesano*, no se "ato al rigor de la letra". Porque, para Gracián, según parece deducirse de sus palabras antes citadas, el apartarse de la letra conlleva también apartarse de la "sentencia".

Es preciso, no obstante, indagar un tanto más en el significado de esta propuesta. Para ello hay que recordar que Gracián, en el prefacio a su versión de Jenofonte, ha establecido una clara delimitación del cometido del traductor. Su oficio es el de intérprete, no el de escritor o "Rhetorico". Y como tal, su deber es trasladar al autor original dejándole a él la gloria de la composición y la invención. Éstas son sus palabras:

> Lo demas como digo quede a personas doctas, que lo sabran mejor hacer que yo, y estan mas desocupadas de negocios para que con el mismo celo el Theologo y el Philosopho y Rhetorico y cada qual en su arte y profession haga lo mismo que yo en la mia de interprete, conforme a aquel proverbio tan celebrado de los griegos *Esparta te cupo por suerte, procura de adornarla*,[8] que vale tanto como dezir, has tomado oficio y ocupación buena, provechosa y honrrada, deves hazer de manera que tambien ella gane mas en estima y reputacion, por aver la tu bien empleado en seguirla.

Teniendo clara su misión, continúa en el prefacio, se preocupó en su versión más de:

> [...] ser fiel y verdadero interprete, que curioso en el romance y interpretar según el sentido verdadero y la propiedad de la lengua, y remirarme mas en esto que no en la elegancia del estilo: acordandome de aquel proverbio tan celebrado de los griegos que dize *Amathesteron*

[8] Del *Télefo* de Eurípides (*fr.* 723 Nauck) citado en Plutarco 472D y 602B.

Lengua y Cultura. MORALES ORTIZ, Alicia. La traducción fiel en la reflexión rena...
Centro Virtual Cervantes

> *eipe, saphesteron*[9] y vale tanto como si amonestando dixessemos a alguno: habla claro y verdadero, aunque sea por palabras grosseras.

Las palabras de Gracián nos parecen una clara reacción contra los traductores que, bajo el pretexto de estar traduciendo *ad sensum*, cometían auténticos desmanes con el original. Como se sabe, el afán por recuperar la norma clásica latina condujo a los humanistas italianos en muchos casos a una concepción de la traducción como *aemulatio* en el sentido de Quintiliano, concepción que es adoptada también en el intento por hacer del vernáculo una lengua literaria. Para Gracián, sin embargo, esto es un error, ya que el traductor no debe nunca conceder mayor importancia al estilo de su versión que al sentido literal del original. Así lo indica en el mismo prefacio a Jenofonte:

> [...] y esto me parece lo mejor, por no caer en el yerro de muchos, que por usar de estilo muy polido y afectado, salen totalmente del sentido propio y verdadero del autor.

Es decir, para Gracián, el traductor ha de quedar siempre en segundo plano con respecto al autor.

En nuestra opinión esta concepción está en estrecha relación con la consideración de Gracián de lo "útil y bueno" en las letras. La propia elección de los autores a traducir y la crítica feroz a la literatura de "patrañas fingidas" muestran claramente, como hemos visto, la inclinación de Gracián hacia la literatura *seria* y su desdén hacia la literatura de imaginación, por otra parte excluida salvo excepciones de la esfera de intereses de la mayor parte de nuestros humanistas. Es a la traducción de los "autores buenos", a quien aplica estos criterios de fidelidad y sobriedad estilística estrictos. Porque en ellos lo que importa es el contenido, no la forma, y la "verdad" de su mensaje no puede ser alterada por las aspiraciones literarias del intérprete. Claramente se expresa a este respecto en la traducción de los *Apotegmas* plutarqueos:

> En lo demas no me parescio que a tan grave autor como Plutarcho se devia añadir ni quitar ni mudar cosa alguna por dorar las razones.

Otros intérpretes procedieron de forma bien distinta. El propio Boscán declara que cualquier cosa que le parezca mal no dejará de "mudarla o callarla". Para Gracián es el tipo de texto, la gravedad del autor, lo que parece determinar el comportamiento del traductor. Y en estos casos "dorar las razones" hace peligrar el contenido del texto.

No sabemos si Gracián hubiera aplicado estos mismos criterios a la traducción de otro tipo de obras, especialmente a la realizada entre lenguas vulgares, la que Folena ha denominado "traducción horizontal",[10] pero, en nuestra opinión, la elevada función pedagógica que Gracián atribuye a los textos clásicos, su gravedad y autoridad y la dignidad y grandeza que concede al griego y al latín —la "traducción vertical" según la terminología del autor italiano— limitan al intérprete su margen de libertad.

Si como hemos visto, el requisito básico para que una traducción pueda ser considerada "fiel" es que se mantenga apegada a la letra del original y que deje al traductor en

---

[9] Con tales palabras se dirige Dioniso a Eurípides en *Ranas* de Aristófanes.

[10] En su conocido trabajo "Volgarizzare e tradurre. Idea e terminologia della traduzione dal Medio Evo italiano all'Umanesimo europeo", *La traduzione, saggi e studi*, Trieste, 1973, pp. 59-120 (*Volgarizzare e tradurre*, Turín, 1991).

Lengua y Cultura. MORALES ORTIZ, Alicia. La traducción fiel en la reflexión rena...
Centro Virtual Cervantes

un segundo plano, otra de las ideas reiterada por Gracián es la necesidad de traducir directamente del original, en su caso, del griego. La afirmación insistente de que ha vertido "directamente del griego" en primer lugar sorprende por su originalidad: el requisito de una traducción a partir de la lengua original en que está escrita la obra resulta bastante excepcional, al menos para el caso de las obras griegas, en tiempos de Gracián. No es necesario insistir, a este respecto, en el escaso conocimiento del griego de sus contemporáneos, que hizo que la mayoría de las traducciones hispanas de obras en esta lengua fuera realizada a partir del latín o de otras lenguas vernáculas, especialmente el italiano o el francés.[11]

Para Gracián, como decíamos, una traducción es "verdadera" sólo si está sacada del griego. Si el intérprete —advierte en el prólogo a Jenofonte— se basa únicamente en las versiones latinas por no saber griego, se equivocará:

> [...] pues querer traducir algo en lengua vulgar qualquiera que sea de la interpretacion latina trasladada del griego es cosa de muy grande trabajo y de muy cierto peligro para errar.

Para mostrar hasta qué punto es peligroso confiar en traducciones a otras lenguas sin tener el original, pasa en el prefacio a *Moralia* a criticar duramente versiones realizadas con este procedimiento. Menciona una traducción de las *Vidas* de Plutarco en romance sin dar su autor, aunque evidentemente se está refiriendo a la de Alfonso de Palencia.[12] Además alude también a una traducción francesa de Tucídides y a otras italianas de Jenofonte que le merecen el mismo juicio "tan llenos de mentiras y viciosamente traduzidos, que apenas ay un renglon que no este mentiroso". Frente a estas traducciones mentirosas, las versiones del original griego son las únicas capaces de reproducir el texto exacto y entero, sin omisiones, pues no se apoyan en interpretaciones de traductores demasiado aficionados a mudar, añadir o quitar cosas del original. Así lo indica en el prólogo a *Moralia*:

> [...] de mas que en muchos lugares dellos [de estos libros traducidos] ay pedaços y clausulas enteras que faltan, o porque los interpretes latinos las dexaron de poner o por descuydo de los escritores que se olvidaron, como vemos que hazen muchas vezes. Lo qual todo no puede dexar de parescer en el original griego ya que otro fruto no se sacasse de traduzirlo del original griego.

Pero, además, Gracián emplea el recurso al griego como argumento para apoyar su opción por una traducción literal. Recordemos que en su tiempo se aboga por la traducción *ad sensum* como la única posible en tanto que la asimetría entre las lenguas, las peculiaridades de cada una de ellas, hacen imposible el traslado palabra por palabra. Gracián, por su parte, empleando este mismo argumento en sentido inverso, afirma la semejanza estructural existente entre el griego y el castellano y la conformidad entre la

---

[11] Basta contrastar los datos que ofrece Th. S. Beardsley: *Hispano-classical translations printed between 1482-1699*, Lovaina, 1970.

[12] "Assi estan traduzidas en romance castellano las vidas deste mismo autor Plutarcho que mas verdaderamente se podran llamar muertes o muertas, de la suerte que estan tan escuras y falsas y mentirosas, que apenas se pueden gustar, ni leer, ni entender por estar en muchas partes tan differentes de su original griego, quanto de blanco a prieto". La traducción de Palencia apareció en Sevilla en 1491 y está basada en un volumen de traducciones latinas de diversos humanistas italianos publicado en Venecia en 1478, según comprobó J. Lasso de la Vega, o. cit., pp. 471-483.

Lengua y Cultura. MORALES ORTIZ, Alicia. La traducción fiel en la reflexión rena...
Centro Virtual Cervantes

"propiedad y maneras de dezir" de ambas lenguas. Este hecho se convierte en la base para su justificación de la traducción a la letra según la formula en el proemio de *Apotegmas* y *Moralia*:

> Quise traduzirlos del griego, assi porque la traduccion fuesse mas verdadera: como porque la propiedad y maneras de hablar de la lengua griega responde mucho mejor a la castellana que a otra ninguna.

Teniendo en cuenta tal afinidad entre el griego y el castellano, cuanto más literal sea la versión, con mayor exactitud recogerá el sentido del texto, pero también se adecuará en mayor grado a la propiedad de la lengua castellana. La formulación clara de este argumento la encontramos en el prólogo a la traducción de Jenofonte. Allí dice:

> Que a la verdad la lengua griega es tan semejante a la nuestra castellana, assi a la propiedad y las maneras de hablar, y los articulos della, que cuanto mas se acercare el interprete a la letra griega, si bien la entendiere, tanto mas elegantemente trasladara, y, por el contrario, quanto mas se apartare de la letra, tanto mas se apartare del buen estilo.[13]

Los límites de espacio nos obligan a detenernos aquí, sin poder adentrarnos en otros problemas de interés, entre ellos, de qué modo la teoría de nuestro intérprete tuvo luego una aplicación en su práctica traductora, cuestión que hemos analizado con detenimiento en otro lugar.[14] En cualquier caso, hemos tenido la oportunidad de vislumbrar un esfuerzo más, el de Gracián, por fijar ese ideal de la *interpretatio recta* que ocupó de forma tan especial a los renacentistas.

[13] Evidentemente no es Gracián el único en su época en señalar la identidad entre el griego y el castellano, aunque la aplicación de tal hecho a la defensa de la traducción literal no la hemos encontrado en otro lugar.

[14] Cf. A. Morales Ortiz: *Las traducciones de Moralia de Plutarco...*, pp. 517-714.

Lengua y Cultura. MORALES ORTIZ, Alicia. La traducción fiel en la reflexión rena...
Centro Virtual Cervantes